

San José, Costa Rica 1928 Sábado 14 de Abril

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Ibsen o el carácter.....
 Con Diego Rivera, ante los muros de la Secretaría de Educación (II).....
 Fidelidad.....
 Tarjeta.....
 Noticia de libros.....

B. Sanin Cano
 Rafael Estrada
 Arturo Capdevila
 Esteban Pauletich
 P. Henríquez Ureña, Justiciero, y Moisés Vincenzi
 Gabriela Mistral
 Luis Araquistain
 Eugenio d'Ors
 Mariblanca Sabas Alomá

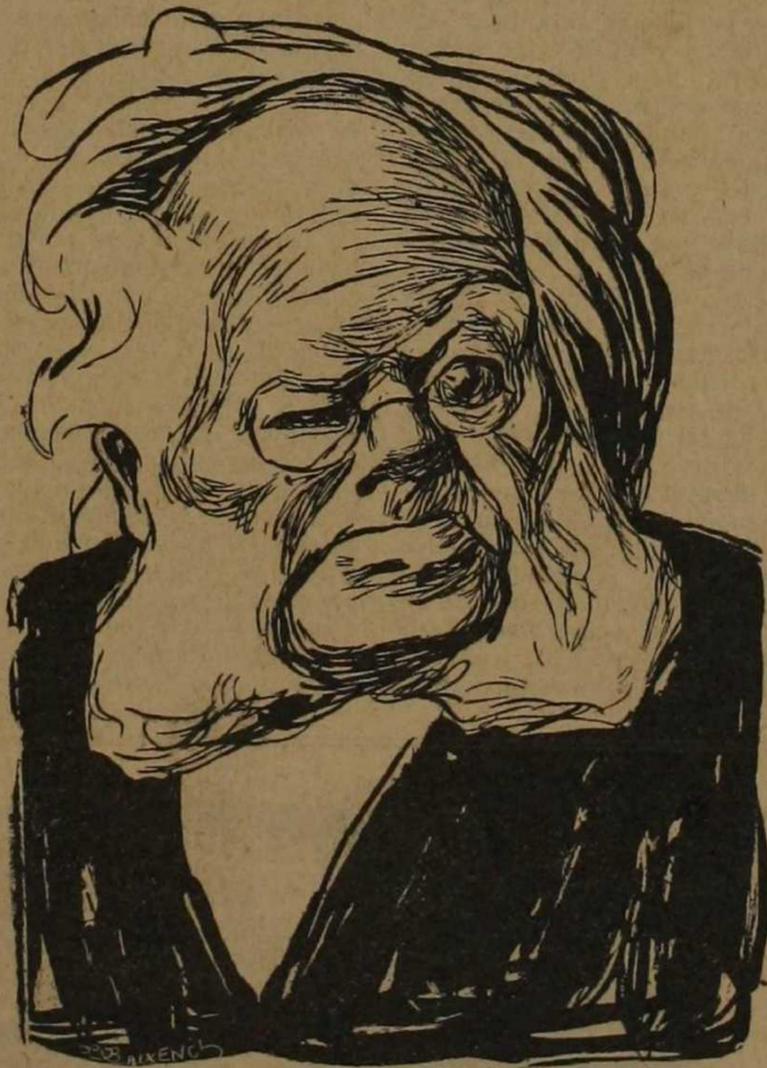
Carta de Sandino.....
 Demolición constructiva; limpieza.....
 En la playa.....
 Drake, mi perro.....
 El testimonio de Ibsen (I).....
 La niña violenta.....
 Tablero (1928).....
 La Edad de Oro.....

J. Moreno Villa
 J. J. Salas Pérez
 Ezequiel Martínez Estrada
 J. Moreno Villa
 V. García Calderón, Luis L. Franco y Fernán Silva Valdés

LEYENDO CON VOZ tímida y expresión candorosa, en 1887, un joven de provincias recién llegado a la capital, ante un concurso benévolo de obreros e industriales, una conferencia sobre cierto libro de viajes muy interesante relativo a Colombia, escrito en bella prosa, de sabor clásico y sensiblemente moderno, por un capitán de la marina sueca en 1827, citaba el conferenciante el nombre de Ibsen, como para dar idea de un escandinavo que, como el autor del libro, era desconocido entre nosotros inmerecidamente. En esos días la figura intelectual, austera y rebelde del autor de *Espectros* no había llegado todavía a la cumbre luminosa en que le colocaron a la postre su vida de solitario intelectual y sus obras de innovación dramática y reforma social a un mismo tiempo.

Treinta y siete años más tarde asistía en Londres el conferenciante de 1887, por una feliz coincidencia provocada por las alternativas de su equívoco destino, a una fastuosa representación de la *Dama del mar*, en la cual desempeñaba el papel más importante de ese drama Eleonora Duse. La grande artista italiana, después de un largo eclipse, había reaparecido en los teatros de Londres y despertaba una curiosidad casi malsana en la «Inteligentzia» de la Isla. Un auditorio formado de intelectuales y de gente a la moda pendía espiritualmente del gesto elocuentísimo, de la voz fascinadora, semejante por momentos al sonido que emiten en su choque la plata y el cristal, y de los silencios avasalladores con los cuales rodeaba sus palabras aquella profetisa de un arte nuevo. En los entreactos Bernard Shaw, conspicuo y desafiador, se ponía de pies, al lado de su butaca, y leía la versión italiana del drama de Ibsen, como para enterar al público de su escaso conocimiento del italiano. En verdad no era necesario comprender la lengua materna de la Duse para apreciar el mérito de su arte y para

Ibsen o el carácter

=De *El Espectador*. Bogotá=

Enrique Ibsen

comprender el sentido del drama interpretado por sus ademanes y por las inflexiones de su voz de sirena. Eleonora interpretaba a Ibsen, a Dumas hijo, a Alfieri, a Sudermann, con sus recursos de artista de la palabra y del gesto, y lo mismo arrebatava sus auditorios en Viena y en San Petesburgo que en Milán y en Londres. Eleonora Duse repitió el milagro del Pentecostés. Acaso los apóstoles no hablaron más lengua que

la suya delante de gentiles y neófitos, pero era tal su convicción interna, tan sincera la expresión, tan cándido el gesto con que la acompañaban y tan viva la caridad inspiradora de sus palabras, que la emoción se trasportaba no por el discurso sino a pesar del discurso.

La Duse aparecía en Londres por última vez, antes de su viaje a América, a donde un destino inexorable como el que preside en las obras de arte a

cuya interpretación había consagrado su vida, había de ponerle fin a su existencia, no entre flores y bajo las sonrisas divinas del cielo de Italia sino en medio del ruido torturante de una ciudad que se viste de hollín como timbre de gloria.

Esa representación de la *Dama del mar* tenía para el momento una doble significación moral y artística. Importa recordar el argumento de aquel símbolo poderoso. Una mujer ha conocido antes de casarse a un extranjero bajo cuyo influjo quedaron sus sentimientos en el resto de su vida. Separándose de ella el extranjero prometió volver y obtuvo de ella la promesa de que habría de esperarlo. La mujer, dominada siempre por la fascinación del extranjero que no volvía a presentarse, aceptó el amor de otro hombre y se unió con él en matrimonio, sin ocultarle el episodio extraño que llenaba su vida sentimental. Mirando hacia el mar esta mujer esperaba siempre la llegada del hombre fatal, convencida de que a pesar de los años, a pesar del afecto que tenía por su esposo y del amor entrañable que la ligaba a sus hijas, ya en edad de casarse, le sería imposible resistir al conjuro del extranjero si llegaba a presentarse. Un día, mientras el marido paseaba con su esposa por las riberas entrecortadas del fjord, llegó el hombre esperado, y el esposo, midiendo la grandeza irresistible del sentimiento que parecía ligar a su esposa con el desconocido, la declaró libre de sus obligaciones conyugales y consintió en que lo dejase y siguiera al desconocido. Su amor, decía el marido, era tan hondo, tan puro y desinteresado, que no podía negarle a su mujer la ventura de su vida, la satisfacción de un anhelo acariciado con vehemencia durante largos años. Al verse libre la mujer dejó de ser víctima de la fascinación que había dominado su vida, haciendo de ella un paso intermedio entre la dicha suprema y las miserias de la